



Editorial

La queja generalizada contra los medios de comunicación se ha vuelto un lugar común; el oligopolio informativo practicado desde el inicio mismo de las sociedades modernas ha levantado enconadas animadversiones, y tal vez el rencoroso ejercicio no corresponda exclusivamente a los habitantes de la nación colombiana. La inconformidad en todo caso no es nueva, célebre por lo temprana, fue el impulso disgustado de Marx quien ante la posible censura de los dueños de medios de comunicación a los temas filosóficos, reivindicaba el papel de la prensa como escenario para discutir este tema o cualquier otro tipo de cuestión sin importar lo escabroso que pudiera parecer.

La denuncia, ya sea abierta o tácita, de la peor arista de la práctica periodística y comunicativa ha llenado anaqueles e inundado la producción de la cultura *pop*. Por sólo citar unos pocos ejemplos en ese mar de imaginación creativa, vale la mención del caso de la ambiciosa periodista Zoey Barnes quien pone a disposición del inescrupuloso senador Francis Underwood el poder mediático del Washington Herald en la serie de televisión *House of Cards*. O qué decir de Peter Fallow, el alcohólico y fracasado periodista del tabloide *City Light* quien enfilaba el poder de los medios con-

tra el torpe pero inocente Sherman McCoy en la aclamada novela de Tom Wolfe, *La Hoguera de las Vanidades*. En el mismo sentido está la crítica de Umberto Eco en su novela más reciente *Número Cero* y la denuncia al manejo mediático del caso Lewinsky en la película *Wag the Dog*. Acaso imposible olvidar el amarillismo descarnado del equipo periodístico de Kent Brockman en *Los Simpsons*.

Por su parte el mundo académico ha mantenido una producción tan onerosa como la de la industria cultural. Memorable, quizá por la contundencia de los argumentos utilizados, fue la crítica presentada por Pierre Bourdieu a propósito de la dinámica del campo periodístico en las conferencias televisadas en 1996. Para el francés los periodistas han caído bajo el influjo de las presiones del mercado, la pérdida de su autonomía y la crisis de las visiones críticas en favor de un ejercicio de censura soterrada, minaron la confianza en lo que quizá fuera el más contundente instrumento de la democracia directa. Célebres también han sido los análisis de Habermas sobre el papel de los medios de comunicación en la construcción de los valores de la sociedad moderna, así como el famoso ensayo de Benedict Anderson, cuya visión culturalista sobre la construcción de la idea de nación encontraba



en el periódico el medio técnico fundamental a través del cual se sustentaba la posibilidad de construir aquello que denominó comunidad imaginada. Localmente libros ya clásico como *De los medios a las mediaciones* de Martín Barbero o la compilación titulada *Memoria y Nación* han propuesto diversos tipos de análisis desde diferentes enfoques sobre estos temas.

Estos escasos ejemplos en el mar de producción académica y de cultura pop sobre la comunicación en general y sobre el periodismo y los medios en particular, son suficientes para reconocer el vivo debate que aun generan las cuestiones referidas a los medios de comunicación y al papel que éstos cumplen en la sociedad contemporánea. No parece que las redes sociales y la gran esperanza que suscitó la revolución digital haya socavado, por el momento, el enorme poder e influencia de los grandes grupos y conglomerados de comunicación, quienes hasta ahora han ejercido con éxito el manejo, y en algunos casos la manipulación, de la información. Tal vez por ello las discusiones siguen teniendo un fuerte sesgo crítico que intentan comprender la manera como el ejercicio de dominación mediático es practicado por el periodismo contemporáneo, o se entiende porque buscan analizar las estrategias de información alternativa y las herramientas técnicas que usan sectores tradicionalmente catalogados como subalternos, todo ello como parte de esa necesidad de comprender una realidad enorme que por momento se presiente como omnipotente. Habría que mencionar en todo caso, que es necesario explorar nuevos enfoques y evitar el argumento simplista de un emisor maléfico todopoderoso y un receptor acrítico actuando como *idiota cultural* al que se le imponen reglas, según la conocida afirmación de sociólogo del norteamericano Harold Garfinkel.

Las discusiones presentadas en este número buscan alcanzar ese objetivo. El dossier central se abre con el artículo de Juan Carlos Sánchez que analiza el ejercicio de periodismo político de oposición en la década del sesenta en México a través de la actividad editorial, epistolar e intelectual de la revista *Política*. Carlos Reina por su parte examina la imagen que se construye de lo femenino en la revista *Cromos* en la primera mitad del siglo XX a partir de la publicidad, deslizando su interpretación hacia la configuración de un sujeto de consumo con necesidades y expectativas específicas. El artículo de Miguel Ángel Parada se centra en entender la manera en que el discurso de la paz es presentado en el portal virtual del diario *El Tiempo*, particularmente durante el anuncio del inicio de diálogos entre la guerrilla de las Farc y el gobierno de Colombia. El periodismo alternativo así como la articulación de estrategias tecnológicas en una comunidad indígena es el tema del artículo de Ana María Cuesta. El Dossier lo cierra el texto presentado por Jonathan Calderón en el que cuestiona el tipo de cobertura realizada del conflicto armado y del proceso de paz para tratar de mostrar el impacto de las palabras de los periodistas en estos fenómenos de la realidad colombiana.

La sección *Otras Voces* la componen por un lado el riguroso análisis de Johan Antolinez sobre el papel de Colombia en la OEA y la ONU, el cual busca entender el enfoque de la política exterior colombiana durante cerca de medio siglo. En la misma sección Yeison Laiton retoma algunos postulados de Michel Foucault para buscar lanzar algunas hipótesis sobre el papel de la escuela en el escenario de Neoliberalismo. La sección *Notas al Margen* presenta un artículo sobre el papel de la violencia en la democracia contemporánea y lleva el caso al examen de la situación extre-



ma de la cárcel de Guantánamo en Cuba. La sección *Desde las regiones* cuenta con el artículo de Javier Duque Daza sobre el problema del paramilitarismo, la política y la corrupción en la Costa Atlántica colombiana.

Como complemento al tema central del número se presenta la entrevista a Armando Silva sobre el papel de los medios en el mundo contemporáneo, que él atina a denominar sin

contemplaciones “posmoderno”. Así mismo se incluye la sección Desde la Cátedra con la recuperación de un debate que afrontó la discusión sobre los retos de la historia urbana en América Latina. Cierran el número las reseñas de Marieta Quintero sobre el libro de las Comisiones de la Verdad de Jefferson Jaramillo y la reseña de Giselle Osorio del libro de Jorge Riechman titulado *Tiempo para la vida*.